

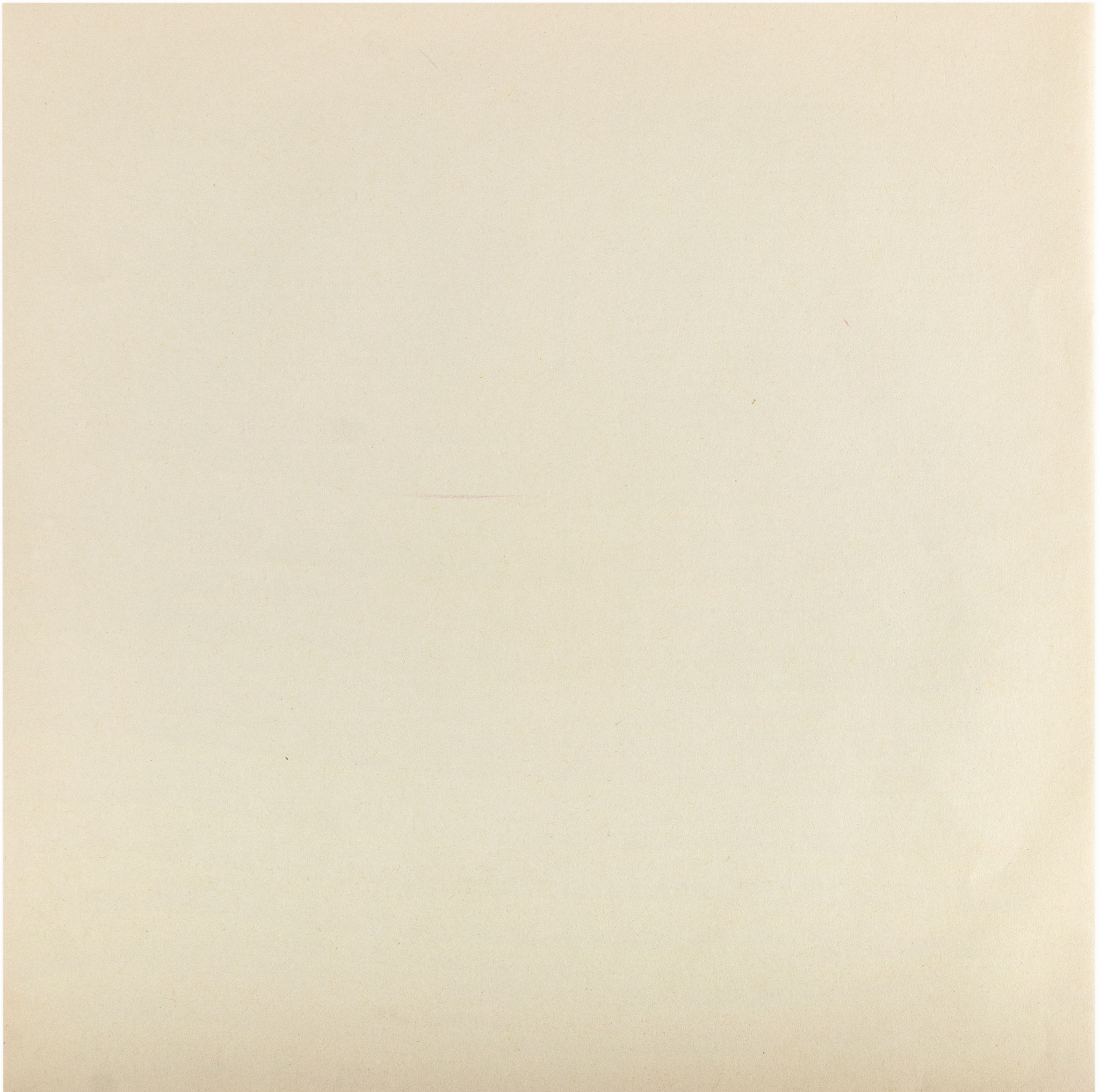
VVAL-2.

JOSE MARTI

VOZ VIVA DE AMERICA LATINA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO / DIRECCION GENERAL DE DIFUSION CULTURAL

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA



PRESENTACIÓN

Conocimiento y desconocimiento

José Martí es admirado en toda nuestra América, pero su obra literaria y su pensamiento político sólo han llegado a una minoría y no son conocidos sino a medias. Sin que falten críticos que estudian al poeta y al prosista y estadistas que evocan al pensador, puede decirse que sigue siendo, en gran medida, un estandarte cuando no un lugar común.

Sin embargo, su nombre sonó, durante su vida, menos que el de sus más ilustres contemporáneos. Su estancia en tres países hispanoamericanos, sus viajes de propaganda por el Caribe, y sobre todo, su larga y copiosa colaboración en las más importantes publicaciones del continente, dieron a su pluma y su palabra insuperable campo de acción. Pruebas del reconocimiento de que gozó son los elogios de Manuel Gutiérrez Nájera,¹ su devoto admirador desde que en México convivieron; la encendida alabanza de Domingo Faustino Sarmiento cuando lee una de sus crónicas neoyorquinas —“en español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí y, después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal”—;² y el ansia de Rubén Darío, en sus mocedades de Chile, por “poner en verso las grandezas luminosas de José Martí”.³ Y a la hora de su caída en la manigua de Dos Ríos se oyen la desolada queja del mismo Darío en *La Nación* de Buenos Aires: “el fúnebre cortejo de Wagner exigiría los truenos del Tanhauser para acompañarlo a su sepulcro: pero ¡Oh Maestro, qué has hecho!”⁴; —la dolida lamentación de Justo Sierra— “quién pudiera volvernos redivido al gran poeta, al soberano artista”;⁵ —el tributo de Enrique José Varona⁶ junto a la emigración cubana que Martí galvanizó en Nueva York, y allí

¹ M. G. N. 25 de septiembre de 1889, en *Revista Azul*, México, reproducido el 8 de septiembre 1895.

² D. F. S. *La Nación*, Buenos Aires, 4 de enero de 1887, *Obras de D. F. Sarmiento*, t. XLVI, “Páginas literarias”, Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, pp. 166-167.

³ R. D. Carta a Pedro Nolasco Prendes, 12 de noviembre 1888, en Alberto Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 314.

⁴ R. D. “José Martí”, artículo necrológico, V. *Los raros*, Madrid, Mundo Latino, 1918, pp. 233-243.

⁵ J. S. “José Martí”, poema, en *Revista Azul*, México, 2, junio 1895.

⁶ E. J. V. *Martí y su obra política*; discurso en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, 14 de marzo 1896. Nueva York, Imprenta América, 1896.

por Andrés Iduarte

mismo, en las columnas de *The Sun*, el homenaje de Charles A. Dana.⁷

La nómina de los escritores que han estudiado o mencionado su trascendencia en las letras hispanoamericanas va de Salvador Díaz Mirón y Luis G. Urbina a José Vasconcelos y Alfonso Reyes, de Manuel Sanguily y José de Armas y Cárdenas a Juan Marinello y Jorge Mañach, de José Enrique Rodó y Leopoldo Lugones a Gabriela Mistral y Ezequiel Martínez Estrada, de Miguel de Unamuno y Federico de Onís a Enrique Díez-Canedo y Juan Ramón Jiménez, de José Asunción Silva y los García Calderón a Rufino Blanco Fombona y los Henríquez Ureña, sin contar a los poetas que hoy lo cantan en Cuba y fuera de ella y a los eruditos que lo examinan en universidades y academias de todas partes.

Quien quiera conocer los hitos de su bibliografía y leerlo todo o en parte, puede utilizar las *Fuentes para el estudio de José Martí*,⁸ de Manuel Pedro González, y la *Bibliografía martiana*,⁹ de Fermín Peraza Sarasua; los setenta y cuatro tomos de las *Obras completas de Martí*¹⁰ de la Editorial Trópico, o los dos voluminosos, en papel biblia, de la Editorial Lex;¹¹ la *Antología crítica de José Martí*,¹² de Manuel Pedro González, y *José Martí: esquema ideológico*,¹³ del mismo González y de Iván A. Schulman.

Su fama literaria, pues, no encontró más límite, en vida suya, que su insistente empeño de que se le viera como el abanderado de la causa cubana. Al elogio que se le hace como tribuno contesta que “todo esto es ridículo y pueril cuando el que tenga esas condiciones no las emplee en el servicio público con el pudor y la majestad, con la suprema pureza de que los hombres se han de vestir antes de hablar y obrar en las cosas de la patria”.¹⁴

⁷ E. J. V. “José Martí” en *The Sun*, N. T. V. José Martí, Obras reunidas por Gonzalo de Quesada y Aróstegui, vi, La Habana, 1908, pp. 21-25.

⁸ M. P. G. *Fuentes para el estudio de José Martí*, La Habana, Ministerio de Educación, 1950, 520 pp.

⁹ F. P. S. *Bibliografía martiana*, La Habana, Comisión Nacional del Centenario, 1954, 692 pp.

¹⁰ *Obras completas de Martí*, La Habana, Editorial Trópico, 1936-1947, 74 vols.

¹¹ *José Martí, obras completas*, La Habana, Editorial Lex, 1946, 2 vols.

¹² *Antología crítica de José Martí*, recopilación, introducción y notas de M. P. G., México, Editorial Cultura, 1960, 546 pp.

¹³ *José Martí; esquema ideológico*, selección, prefacio, glosas y notas de M. P. G. y de I. A. S., México, Editorial Cultura, 1961, 556 pp.

¹⁴ En *Trópico*, v 2, p. 22.

Escritor de raza y de oficio, lo cultivó con tesón y esmero, y sin agravio para su modestia puso su valor en la nueva literatura; pero más le importó siempre su misión política y moral sobre la tierra. Su deseada muerte —a caballo, bajo el sol de Cuba y frente a las descargas de la fusilería española— acabó de anteponer la estampa del héroe a la del escritor. Y a su apostolado y a su inmolación vino a sumarse, para colmarlos por otros caminos, esto es, de manera impura, la menguada razón común que no alcanza a concebir que quien se sacrifica por un ideal de justicia pueda ser un hombre de genio.

Pero el "soberano artista"¹⁵ resplandece cada día más en el cielo de nuestras letras, lo que nada quita sino mucho agrega al sitio que con igual grandeza tiene como "guardián impenetrable de América"¹⁶ —así vio él a Juárez— en el cielo de las libertades humanas.

El escritor

Martí es, por encima de todo, un escritor original. Fue hombre de excepción y, además, un predicador de la sinceridad, de la autenticidad. Ennoblecó el oficio de hombre y le subordinó el de escritor: precisamente por esto, todo es sustancia autónoma en su literatura, aun lo que pueda parecer añadido o exceso ornamental.

Por lo mismo es muy difícil buscarle al escritor sus huellas literarias. No es que no las lleve. Su originalidad es doblemente válida porque las guarda en la entraña viva, no en una página de papel. Sabemos que fue hombre de profusa lectura y de firmes devociones éticas y estéticas. Su misma condición mesiánica pudo encajonarlo en uno de los hondos cauces que habían ya trasado las almas angélicas y arcangélicas que tanto amaba. No se trata —Gabriela Mistral lo dijo bien— de "el Adán literario, brotado de la tierra como un copo de barro fermentado sobre el que nadie ha puesto la mano".¹⁷ Su originalidad no es de isla ni de eslabón perdido, sino de mucho y variado alimento, de aprovechamiento y superación personales. Tuvo altares y devocionarios, pero no los usó como moldes ni como modelos. Teniendo en cuenta que vivió en una América todavía entregada al préstamo literario, en lo que insiste la poetisa chilena, la originalidad de Martí resulta más señera y valiosa.

Tuvo Martí una manera peculiar, no calcada de nadie. No recibió recetas, ni las hizo. Por eso resulta igualmente difícil buscarle sucesores. No lo siguen, sino precisamente lo deforman y lo niegan, quienes lo copian y lo imitan. "Influye en los escritores de su cercanía jerárquica —escribió Juan Marinello— como los grandes expresadores de ayer están vivos en su palabra inusitada. "Todo Martí está en la crónica de Rubén Darío, ha dicho Juan Ramón Jiménez. Todo Martí —sigue Marinello— anda por los *recados* de Gabriela Mistral... Sólo los que tengan, como él, humildad y fuerza para dejarse penetrar por la vida sin perder el mando de sí mismos, son legítimos sucesores de Martí."¹⁸

En su poesía es el artista consciente de sus innovaciones, en marcha lenta desde las formas comunes de sus primeros poemas de Cuba y España y de los paréntesis modernistas de algunos

¹⁵ Justo Sierra, "José Martí", poema, en *Revista Azul*, México, 2 junio 1895.

¹⁶ En *Lex*, v. II, p. 279.

¹⁷ G. M. *La lengua de Martí*, La Habana, Secretaría de Educación, 1934, p. 6.

¹⁸ J. Marinello, "Sobre Martí escritor. La españolidad literaria de Martí", en *Vida y pensamiento de Martí*, v. I. La Habana, 1942, p. 164.

poemas de México y Guatemala, a la trabajada facilidad del *Ismaelillo*, al embridado galope de los *Versos libres* y a la lograda sencillez de sus difíciles *Versos sencillos*. Los romances raros del *Ismaelillo* —ni de ocho ni de seis sílabas— y la seguidilla que se convierte en romance; el endecasílabo blanco martiano, el ritmo y el encabalgamiento novedoso de los *Versos libres*; y el octosílabo clásico, pero no propio de su tiempo, en los *Versos sencillos*, que coincide con el que ahora se hace —¿ese octosílabo blanco no está hoy en Pedro Salinas?— revelan más *metier* literario del que suponen quienes lo conocen a distancia. Y aun queda por señalar aquí, entre las calidades extraordinarias de su poesía, su hallazgo de lo popular, no ausente de su época, pero sí ignorado o abandonado por los modernistas. "Su modernidad —dijo Federico de Onís con gran acierto— apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces."¹⁹

También en su prosa es el remador que mira hacia atrás mientras va penetrando en nuevos parajes. En el espíritu del muchacho que escribe *El diablo cojuelo* se muestran sus lecturas escolares españolas; al hallarse con su misión apostólica en las canteras de San Lázaro, cobran valor Hugo y la Biblia, que en *El presidio político en Cuba* forman un misticismo siglo XIX, una religiosidad tradicional con gorro frigio; contactos jurídicos y filosóficos, más de las aulas que de su elección, se asoman en *La República española ante la Revolución cubana* y persisten en algunos escritos circunstanciales de México y Guatemala; y es en México, y sobre todo en Guatemala y Venezuela, donde más se muestran sus lecturas literarias españolas, mejor digeridas en sus artículos de *La Revolución Venezolana* y, ya en Nueva York, en sus colaboraciones a *La Opinión Nacional* y en su prólogo a Pérez Bonalde, donde su prosa empieza a ser íntegramente suya. Después recibe y se incorpora las sacudidas de Whitman, las sentencias de Emerson, la manera de los historiadores norteamericanos que estudia con afanosa curiosidad para escribir sus crónicas, hasta que llega a la prosa evangélica, iluminada, "oracular, sacramental como si se tratara de una liturgia en que era a la vez oficiante y holocausto"²⁰ —dijo Jorge Mañach— de sus cartas y diarios de Santo Domingo y Cuba. Hay un paréntesis que no por breve debe merecer menos consideración a quien estudie su prosa, y es la novelita *Amistad funesta*, escrita por encargo, fuera de su misión política y en donde, quizá por todo esto, asoma cierto diletantismo modernista que sabía manejar pero que —está a la vista— poco le interesaba.

De todas estas lecturas y de las muchas que faltan aún por rastrear, así como de los contactos humanos de toda especie que tuvo el viajero de varios países, resultó un sumando rico y vario diluido en un espíritu personalísimo.

En el Martí orador hay indudablemente abundancia y, a menudo, también en sus artículos y cartas. *Plétora* hemos dicho nosotros, pues no es precisamente excedente, sino necesidad de decir todo lo que su pensamiento y su sentimiento llevaban dentro. Esta es la "generosidad tropical"²¹ de que habló Gabriela Mistral. Allí hay una aparente semejanza con el párrafo largo de su época; pero adviértase que el suyo es enumerativo, primitivo, enlazado por la y y la o, muy diferente de la inflada curva castelarina. Apartemos sus primeros escritos y podremos afirmar, con Mañach, que "es exuberante y tupido, ya nunca vano".²² De esa oratoria de su época lo separa su concisión, la de quien nunca habla sin

¹⁹ F. de O., *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, Centros de Estudios Históricos, 1934, pp. 34-35.

²⁰ J. Mañach, *Historia y estilo*, La Habana, Editorial Minerva, 1944, p. 180.

²¹ G. M. obra citada, p. 30.

²² J. Mañach, obra citada, p. 178.

razón ni sin propósito; del parlamentarismo al uso, su manera críptica; del prosaísmo frecuente, el hecho extraordinario de que este escritor de versos sencillos y de cartas familiares no usa lugares comunes. No está ni dentro del prosaísmo ni dentro del clasicismo convencional del siglo XIX, sino contra el desgarbo y la pereza de la palabra trillada y, a la vez, contra la copia muerta, sin invención, de la prosa de su tiempo.

Primitivo, elemental, conciso aun en los momentos en que parece un torrente, claro hasta la luz del relámpago y, a la vez, con túneles de dramática oscuridad, confidencial sin chabacanería, familiar en medio de la elocuencia, con un tono guerrero para hablar de Bolívar y otro filial para hablar de Hidalgo, intérprete de la calma de las viejas ciudades conventuales tanto como del tráfigo neoyorquino, culterano doblado en juglar, amplio sin viento, rico sin relleno, aristocrático sin rebusco. Cargado de razón estuvo Rubén Darío cuando lo incluyó entre sus *raros*:²³ apenas hoy comenzamos a darnos cuenta de todo su acierto.

El patriota de Cuba e Hispanoamérica

José Martí nació en La Habana; allí estudió las primeras letras y a través del poeta Rafael María de Mendive recibió la mejor tradición intelectual y política de la Isla, tan profunda y luminosamente que sobrevive en él siempre, por encima de toda otra influencia. Cuba está siempre en él como trasfondo inevitable, como el tuétano de su espina dorsal. Sus conceptos de amor y de muerte, de justicia social y de belleza, se asientan en "la esmeralda inmensa que flotaba en el mar"²⁴ —así la vio al salir para su primer destierro, a los diecisiete años—, y al volver a ella a los cuarenta y dos, en plena integración de su naturaleza, escribe sus mejores páginas y tiene la más dichosa muerte. Sin esta Cuba por la que vive, canta y muere, no hay José Martí. Es la razón de su ser, y su meta humana. Es más que su realidad: su suprarrealidad, aunque —hombre del siglo XIX y jefe de una causa política—, vivió empeñado en demostrar que era una realidad auténtica y tangible. Cuba es, en suma, la Dulcinea siempre presente del Gran Quijote americano.

Progreso de Yucatán, quizá Campeche, Veracruz y el ascenso a la altiplanicie, son los sitios que sacuden el corazón del recién llegado. En nuestra capital vivió de enero de 1875 a diciembre de 1876, por el camino de Acapulco volvió a Guatemala para casarse en el Sagrario Metropolitano en diciembre de 1877 y por la misma ruta se fue a Guatemala, y en busca de ayuda para la independencia cubana nos vio por última vez en julio de 1894. Sus veintidós años encontraron aquí la vida plena que nunca había tenido antes y, en suma, México fue el fuerte molde donde acabó de hacerse el periodista, el liberal y el hispanoamericano. Como uno de los mejores *chinacos* luchó en la prensa mexicana por los ideales de la Reforma, y desde Nueva York los propagó después por todo el continente. En México su poesía empezó a ganar, al mismo tiempo que la de Gutiérrez Nájera, valores propios, y aquí llegó al teatro con su *Amor con amor se paga*. En los vestigios de las civilizaciones indígenas, que asombraron sus ojos, y en su admiración por sus más ilustres hijos —Juárez, Ramírez, Altamirano—, encontró la más pura esencia de su americanismo. El alzamiento que depuso al presidente Sebastián Lerdo de Tejada lo llenó de horror al caudillismo militar, y salió con la decisión de combatirlo en donde lo hubiera. Y camino ya del sacrificio, en su despedida de 1894,

²³ R. D. "José Martí", en *Los raros*, Madrid, Mundo Latino, pp. 233-243.

²⁴ En *Trópico*, v. 1, p. 38.

llamó a México "querido (y) adorado", le advirtió de los peligros que lo amenazaban y le prometió, "como un hijo que no nació de ti", que "moriría por defenderlo y amarlo".²⁵

México y luego Guatemala, donde vivió año y medio y en donde acabó de hacerse el orador, y en 1885 Venezuela, en la que estuvo cinco meses y le dio el ímpetu de su guerra a muerte, integraron su doctrina americanista; y la consolidó su residencia en Nueva York, donde entró en contacto directo con los hijos de todos nuestros países: —no es un azar que el Uruguay, la Argentina y el Paraguay lo hayan nombrado su Cónsul. Allí vivió con los ojos puestos en nuestra América, estudiándola y representándola, instruyéndola de cuanto le era útil saber y defendiéndola de ataques e incomprendiones con la más ardiente fidelidad y el más vivo genio. Martí está en la almendra de nuestra historia, más que nadie en su época: padre ve en Bolívar cuando se acerca a su estatua de Caracas, y cuando en Nueva York lo busca Rubén Darío en 1893, "hijo" le llama. Con emoción y orgullo recordaba el nicaragüense esta palabra.²⁶

Por haber sido los Estados Unidos el centro de operaciones de Martí durante tres lustros, tienen capital importancia en su vida y en su obra. Baste decir que sus colaboraciones sobre cuanto ocurría en ellos ocupan diecisiete volúmenes de la Editorial Trópico —del XV al XVII y del XXVII al XL— aparte de que en todos los demás se trata o se roza el tema. "Espesas inundaciones de tinta",²⁷ las llamó admirativamente Rubén Darío. En ese film descomunal y barroco a la vez, Martí muestra a la América Española la vida diaria norteamericana, con sus aciertos y sus yerros, con sus grandezas y sus miserias. Hay una correlación entre este emigrante universal y moderno, incansable y revolucionario, y la ciudad obrera, cosmopolita y en marcha frenética. Hombre y Nueva York fueron y son tumultuosos y volcánicos.

Martí fue siempre hispanoamericanista. En el aspecto artístico y literario, sí lo conmovió la fuerza del continente en uno. Creyó que debía ser, que tenía que ser, por joven y nuevo, libre y justo, diferente y mejor que Europa. En que fuera el continente de la libertad, de la esperanza y del porvenir, soñó muchas veces. Pero nunca dudó de que había "dos pueblos, y no más que dos",²⁸ uno del Bravo al norte y otro del Bravo al sur, y en estos o en otros términos el mismo concepto se encontrará a lo largo de su obra. Amistad prudente y propaganda legítima, para que los Estados Unidos la conocieran y la respetaran, fue su prédica constante a la América española.

Ningún otro hispanoamericano ha sentido y conocido tanto a los Estados Unidos como Martí, y difícilmente se le encontrará rival en otras lenguas. La gama de alabanzas y censuras, de admiración y resentimiento que pueblan sus crónicas, hacen de ellas un documento literario y político de valor singular.

Iguala con la vida el pensamiento

Pero cuanto elogio se haga del escritor, del pensador y del patriota queda en segundo término con sólo recordar que un hombre que pasa de la cuarentena rubrica con su sangre el pagaré de sacrificio que a los dieciséis años firmó el adolescente habanero.

El 29 de enero de 1895, como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, Martí despacha en Nueva York la orden de levanta-

²⁵ En *Trópico*, v. 55, p. 23.

²⁶ R. Darío, *Autobiografía*, Madrid, Mundo Latino, 1918, pp. 109-111.

²⁷ R. Darío, "José Martí", en *Los raros*, Madrid, Mundo Latino, pp. 233-243.

²⁸ En *Trópico*, v. 19, p. 199.

tamiento del pueblo de Cuba, que él ha elaborado en años de pensamiento y acción, y al día siguiente zarpa rumbo a Cabo Haitiano. El 7 de febrero se reúne con Máximo Gómez, general en jefe de la guerra, en Montecristi. Viajan entre Santo Domingo y Haití, despachan cartas y documentos, acopian materiales y organizan grupos para la insurrección. El 26 de marzo firman el *Manifiesto de Montecristi*. El primero de abril embarcan en una goleta, el 2 llegan a Inagua Grande en las Bahamas, una delación los hace volver el 5 a Cabo Haitiano, reembarcan el 10, el 11 amanecen en Inagua en busca de un bote ya comprado, y siguen viaje rumbo a Puerto Antonio de Jamaica. A las ocho de la noche acorta su marcha el frutero alemán —el "Nordstrand"— que los lleva, deslizan el bote, y, tres horas después, Martí y sus cinco acompañantes hacen tierra en Playitas, cerca de Baracoa, tres horas más tarde.

Cuando Martí desembarca comienza la consumación de su ideal. Luz, júbilo, embriaguez, serán las palabras con que pintará su dicha. Anda y cabalga sobre la tierra amada donde tan poco había vivido. ¡Menos de la mitad de su vida! ¡Más de la mitad en la nostalgia! Ya no puede haber duda de su pureza. Se juntan en él la inocencia de la niñez y la clarividencia de la agonía. El 13 se dan la mano con los guerrilleros cubanos. El 16 lo proclaman Mayor General del Ejército Libertador. Asiste a los encuentros, cura a los heridos, redacta circulares y cartas, dirige la política de la guerra y no deja de escribir su precioso diario de campaña. En el corazón lleva a los amigos de su alma, y en el pecho el retrato de su niña, María. "Ya entró en mí la luz —escribe a Estrada Palma— y la salud que fuera de este honor buscaba en vano. El honor es la dicha y la fuerza."²⁹ Y a Carmen Mantilla y sus hijas: "El honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza a que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, de dulce em-

²⁹ En Trópico, v. 8, p. 213.

briaguez... Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño."³⁰ El 16 es proclamado Mayor General del Ejército Libertador. Y los mambises lo llaman, aunque él no lo quiera, *el Presidente*.

El 19 de mayo el general Gómez intenta asaltar un convoy español, sin éxito, y vuelve al campamento de Las Bijas a la una de la tarde. Ordena marchar hacia Boca de Dos Ríos. Gómez, el general Bartolomé y Martí arengan a sus tropas. La columna española de Ximénez de Sandoval forma sus cuadros. Gómez vadea el río y carga al machete al frente de sus jinetes. Martí monta el caballo bayo-claro, de crines rubias, que le regaló José Maceo en Arroyo Hondo. Viste saco oscuro, pantalón claro, sombrero de castor negro y, atado al cuello, con cordón, lleva revólver de cabo de nácar. Generalizada la pelea, Gómez ordena a Martí que se retire, pues "ese no era su puesto", y se consagra a dirigirla. Martí, con su ayudante, galopa hacia las líneas españolas, y la descarga de un pelotón emboscado lo derriba. Tres heridas graves declara la autopsia: una en el pecho, al nivel del esternón; otra en el cuello, que salió por encima del labio superior; y otra en un muslo. Y para que el cuadro luminoso sea completo, están a su lado no sólo bravos hombres "en la hora de su grandeza"³¹ —se refiere a Gómez—, sino nombres de liturgia y épica: Marcos del Rosario se llama el negro dominicano que bajó con él en Playitas, y Angel Guerra —lo angélico y lo arcangélico están juntos en la entraña de Martí— un guerrero blanco. Y el que lo acompaña y trata de rescatar su cadáver, es casi un niño: se llama Angel de la Guardia.³²

³⁰ En Trópico, v. 56, p. 163.

³¹ En Trópico, v. 8, p. 214.

³² En "Sobre José Martí", sigo a menudo trabajos míos anteriores, principalmente: Andrés Iduarte, *Martí escritor*, México, Cuadernos Americanos, 1945, 402 pp. Segunda edición, La Habana, Ministerio de Educación Dirección de Cultura, 1951, 356 pp. V "Vida de José Martí" en José Martí, *Prosas*, Washington, Unión Panamericana, 1950, prólogo de Andrés Iduarte, pp. 15-35.

TEXTOS

NUESTRA AMERICA

CARA I
Duración 17' 15"

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo en la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hombre castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre?, ¿el que se

José Martí

queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos "increíbles" del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados

artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprenden el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra de acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos demodados al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al

hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota de potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros —de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen—, por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás porque se enoja y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, con-

CARA II
Duración 21' 13"

tra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, el imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan "¿Cómo somos?" se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! ¡En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos! Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una pompa de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos

e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América el deber urgente de nuestra América en enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un periodo de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara precederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos de la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

El Partido Liberal, México, 30 de enero de 1891.

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895.
Sr. Manuel Mercado.

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de Ud. y mío—, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte, revuelto y brutal que los desprecia —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas —y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premios de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del *Herald* Eugenio Bryson —de un sindicato yanqui —que no será— con garantías de las aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte —incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson —aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución —el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español—, y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba. Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender a éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos. Y aun me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual presidente desaparezca, a la presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun con-

tra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Si lo hallará —o yo se lo hallaré—. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodados. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el general Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle; alzamos gente a nuestro paso; siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismismo, a los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana, la misma alma de humanidad y decoro, llena de anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero, en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que ud. lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y llamado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día.

Hay afectos de tan delicada honestidad...*

* Es de suponer que esta carta la suspendió Martí para continuarla luego, pero no llegó a terminarla.